

las de los franceses. Todavía el cuatro de mayo, Cobos... se le hablaba de un soborno de trescientos mil pesos en... para la Tesorería de los Estados Unidos, por la incorporación de las... de Zaragoza. Doblado consiguió su objeto, que fue ganar tiempo y dárselo al jefe de la resistencia nacional; pero Márquez también se... la suya. Por una parte, se introducía en las conciliabulos que Cobos y Zuloaga tenían con los enviados del ministro de Juárez, y, por otra, puso en conocimiento de la oficialidad que aquellos jefes se estaban vendiendo. Así fue cómo un día se encontró solo Zuloaga y su lugarteniente, sin otro camino por delante que el del extranjero.

Lorenzo había tenido que retirarse en Orizaba para pasar la estación de aguas y para recibir... Zaragoza interrumpió los... en impedir completamente... la situación era más... para el camino de Veracruz a Tejería. Los... la dificultad, los correos, casi nunca. Esta condición de las... por la división que había entre el jefe y los agentes... Lorenzo contra Almonte y... la única justificación que podía darse al Gobierno mejicano. Ya... declaró que Saligny había dado informes falsos de todo... militares sobre todo. En dónde estaban si no, las... llegó su turno a la acusación contemporánea... y aislado de los antiguos... relaciones. Era lo único que... operaciones activas.

Zacatecas... de Zacatecas, conducido por su... antes de pelear, quiso... para que... de capitulación.

La... debía ocupar la altura del... Lo hizo, en efecto, pero no a la... cuando ya era imposible contener... la noche, el punto fue sorprendido... uno de cuyos batallones había... Buscarlos... del método. No... condicionantes cuyo... fuerte y... es el resul-



tado de fuerzas concurrentes de todo orden : económicas, morales y políticas. Si se improvisa en ausencia de las condiciones previas, la estructura no dejará de ser por eso lo que piden los antecedentes y no lo que señalan los deseos. Un ejército así se desarticula al primer choque, como sucedió durante la guerra con los Estados Unidos. Y en 1862 no teníamos el instrumento militar de 1846, perfecto relativamente, con la desventaja adicional de ser superiores los enemigos de entonces á los invasores de la guerra anterior. Había que pensar en la sentencia de Napoleón I : «Para oponerse al enemigo en campo raso, es necesario tener soldados : para ocupar plazas fuertes, basta tener hombres.» La ley social que dictó estas palabras hizo retroceder á los soldados que se habían acercado á Orizaba.

¶ Zaragoza, con todo, no se desanimaba. Su adusto perfil había cobrado la fijeza de las formas bronceadas ante los patriotas que contemplaban de lejos la extraña actitud de aquel general de treinta y tres años en quien se concentró durante seis meses la esperanza de la República. Zaragoza era el primer ciudadano de su patria, con mando militar. Suprema condición para una resistencia como aquella, que estuviese confiada por el plebiscito de los aplausos al jefe más querido de la nación. Llamábasele el hombre-pueblo en el lenguaje de los demócratas de entonces. Su popularidad no era de muchedumbres tumultuantes, como la de González Ortega en el año anterior. Se formaba de una fe mística en la potencia del héroe para conjurar los desastres. Inesperadamente, un día se presentó Zaragoza en Méjico, llamado por las exigencias del servicio. La noticia cundió por la ciudad, y en un instante se organizó la demostración espontánea de la admiración pública, con repiques y dianas para el triunfador. D. Juan Antonio de la Fuente — que ya desempeñaba por entonces la cartera de Relaciones en sustitución de Doblado, — Zarco, Iglesias, y no sabemos cuántos hombres ilustres más, contemplaban emocionados aquella demostración, y alguno de ellos, Iglesias tal vez, por más clásico, pronunció esta frase : «He aquí á un héroe de la antigüedad.» Durante las breves horas de su estancia en Méjico, Zaragoza fué obsequiado con un banquete. Bebió con sus amigos, dejó caer sus lágrimas por la patria angustiada, SOBRE LA LLAMA DEL HIRVIENTE VINO, tomó la diligencia y se perdió entre las sombras de la noche y de la muerte. Pocos días después, el 8 de septiembre, un médico telegrafiaba : «Son las diez y diez minutos : el general Zaragoza acaba de morir.» La fiebre, apoderándose de un organismo inadaptado al clima de la meseta del Anáhuac, y debilitado por aquellos meses de ansiedades, no le dió remisión. El delirio fué una condensación de su épica vida : murió con palabras de guerra y de triunfo en los labios, sacudido por el ensueño de las cabalgatas veloces, de las alegres clarinadas, de los arrasadores cañoneos, de las ovaciones populares.

¶ Para los republicanos consternados, el héroe muerto ya no era el héroe de la antigüedad, era el guerrero de la fábula, el hijo de Príamo, Héctor, el domador de caballos y destructor de hombres. ¿No tenía la piedad y la ternura del troiano ilustre, que solía dejar por un momento el casco resplandeciente, para besar á su hijo? Se recordaba que poco antes había abandonado el lecho de muerte

de la desolada Andrómaca, y cómo había inclinado su testa laureada para recibir las bendiciones de la madre, cuya mano bañaba de lágrimas. Se evocaba su modestia de soldado que no hablaba de victorias y era incansable narrando derrotas; su delicadeza para consolar á los heridos en el campo de batalla y en el hospital de sangre; su caballescica dignidad con los prisioneros; su entereza en el consejo de ministros; la fe que le inspiraba su frase á Zamacona: «El suelo y el clima pelearán por nosotros.» Y aquel hombre, dulce como Héctor, era como él fiero y temible entre todos los guerreros: era el exterminador impasible de Guadalajara y de Silao; el héroe de las cargas y de los asaltos que singularizaron á la chinaca del Norte. Los periódicos enlutados publicaban elocuentes panegíricos. El cadáver llegó á la ciudad, y se preparó la apoteosis. No había habido ninguna que señalase un precedente de lo que fué aquella. Después de la palabra de Iglesias, que en su medida encerraba toda la admiración del grupo intelectualmente superior, brotaron las estrofas restallantes de Guillermo Prieto. Veinte años después, los niños de las escuelas las leían sollozando. Es todo lo que podemos decir de aquella obra, en la que acaso no haya otro mérito que el de remover con sugerencias vibrantes el sentimiento general y profundo de un dolor que no alcanzaba consuelo. Toda la poesía de la oda de Prieto está en los hechos. Francisco Zarco escribía como síntesis de aquel acontecimiento: «Antes defendíamos á la Patria: hoy tenemos que defender, además, la tumba de Zaragoza.»

Los acontecimientos vuelven á la lentitud habitual de su curso. Juárez, eclipsado frecuentemente, sale de la sombra. Hasta la muerte de Zaragoza, toda la política estaba en la guerra, y toda la dirección de la guerra estaba en el cuartel general del jefe de Oriente.

Con todo, había habido un movimiento interesante. Como dijimos, el Gabinete Doblado cedió el puesto á un Gabinete Fuente. El cambio tenía una trascendencia, que después apareció. Juárez dejaba de apoyarse en el equilibrio de los tres grandes cacicazgos activos, para buscar otra vez la dirección de un ministro estadista. Fuente, que acababa de llegar de Europa, en donde se había señalado por una gestión diplomática notable, reunía todos los sufragios. La confianza que en él se tenía era ilimitada, pero no la conservó contra la oposición de la Cámara sin librar grandes batallas oratorias que sostuvo lucidamente con el auxilio de Zarco y Zamacona. Era la misma pugna de 1861, la misma pugna de siempre, por desarmar al Ejecutivo, lo que en aquellas circunstancias significaba desintegrar á la República y entregarla, con sus cacicazgos desarticulados, á merced de los enemigos exteriores. Este plan destructor tomaba entonces, como había tomado antes, una consagración en los llamados principios, que eran la insensatez dogmatizada. El apremio de una concentración dictatorial del poder en manos del Ejecutivo, no aparecía justificado á los ojos de diputados más ó menos inconscientemente metidos en la conspiración anárquica. Al cabo, el Go-

bierno salió triunfante y obtuvo las facultades extraordinarias que pedía y que necesitaba, sobre todo la de estar siempre autorizado para tratar con las potencias, con Francia si era preciso. «¿Por qué desconfiáis? preguntaba Zarco; ¿por qué insultáis con vuestras dudas á un hombre como Fuente, cuyos principios todos conocen, cuya lealtad ha sido el timbre de su vida pública, y cuyos servicios á la patria lo han enaltecido entre sus conciudadanos? Doblado podía inspiraros poca confianza, porque era reticente y demasiado sutil; pero Fuente es un diplomático de academia, un dialéctico que ha impreso la más alta dignidad á nuestras relaciones con la insolentada Europa. Ved cómo se dirige á Wagner, el ministro de Prusia, y al representante de los Estados Unidos; ved cómo les habla doctoralmente, y, sin ser pedante, les demuestra que el ministro de Relaciones de un pueblo vilipendiado y tenido en concepto de bárbaro, puede tomar los libros de los tratadistas de allá y leerse los á sus diplomáticos para darles una enseñanza con que debieron haber comenzado la carrera.» Zamacona extendía su defensa al Presidente, y decía cómo aquel hombre, tenido en tan poco que sólo faltaba intentar de nuevo su separación del puesto, había permanecido inalterable en los momentos en que una corriente de pánico abatió á los más ensañados después contra Juárez. Y decía bien Zamacona: para los sacudimientos de aquella borrasca, un peñón con su inmovilidad, defecto que no cesaban de achacarle á Juárez, era preferible á barcas desarboladas por las ráfagas del miedo. Mas no dejaba de ser difícil contestar á los argumentos de la oposición. ¿No sabía buscar el Presidente, ó sólo pudo encontrar á D. Pedro Hinojosa para ministro de Guerra? D. Pedro Hinojosa en ese ministerio era algo peor que la inmovilidad: era la incapacidad.

El demócrata y recomendable general D. Miguel Blanco — tomamos los epítetos de la fraseología de aquel tiempo, — también ministro de Guerra, tenía las cualidades de que carecía en lo absoluto D. Pedro Hinojosa; pero no las desplegó con toda la independencia ni en la forma de iniciativas audaces que requería la situación. Estaba visto: Zaragoza era insustituible en el gabinete.

Los dos caudillos principales, González Ortega y Doblado, tenían los dos mandos principales en el ejército. Ya se sabía: el ministerio de Guerra sería sólo el trono de algún inactivo olímpico (los dos pintorescos adjetivos son del Sr. Bulnes), mientras González Ortega se apercibía para hacer la defensa de Zaragoza, nombre que se daba entonces á Puebla. Doblado, en el centro, sería el jefe de seguridad para contener á las guerrillas clericales. Vidaurri, en el norte, hacía lo que pudo haber hecho en el ministerio de Guerra, esto es, organizar una reserva para sostener á González Ortega.

La obra de Vidaurri había comenzado por extender la acción cacical sobre Tamaulipas, para impedir que continuara el escándalo de una lucha á mano armada entre dos pretendientes al gobierno del Estado. Tuvo el tino de enviar á Comonfort para que, después de acabar con la discordia, aprovecharse los elementos de la guerra civil organizándolos contra el extranjero. La ocasión era espléndida para Vidaurri, para Comonfort y para Juárez. Vidaurri consolidaría su cacicazgo por el empleo patriótico de la indiscutible influencia que tenía en